

Isabel MORANT, *Discursos de la vida buena. Matrimonio, mujer y sexualidad en la literatura humanista*. Madrid, Cátedra, 2002.

La familia ha sido a lo largo de la historia la pieza básica del orden establecido; es por ello que debía ser perfectamente diseñada por el poder adecuándose a las demandas de cada época. La construcción del modelo de familia occidental se ha desarrollado desde el mundo clásico a la actualidad a través de la imposición de una serie de parámetros acordados por los poderes políticos y religiosos de cada momento histórico en función de las necesidades de cada periodo, lo cual le ha hecho enfrentarse a numerosos avatares, críticas y disidencias y, sin embargo, sobrevivir a todas ellas manteniendo sus principios fundamentales casi intactos.

A pesar de las profundas transformaciones que se han operado en las últimas décadas de la centuria pasada, todavía hoy sigue siendo uno de los pilares sobre los que se fundamenta nuestra organización social.

La reglamentación del matrimonio, como institución indisolublemente unida a la constitución de un nuevo hogar, sería el primer paso en la creación de un cuerpo normativo de las relaciones, tanto físicas como emocionales, de los miembros que formaban parte de cada unidad familiar.

Sobre estas cuestiones se ha producido mucha literatura de carácter moral, pedagógico, e incluso legal, que perseguía un mismo objetivo: controlar el comportamiento de los individuos en el ámbito de lo privado, determinar cuáles eran las conductas apropiadas y cuáles no. Al mismo tiempo, esta literatura crea modelos ideales a los que la sociedad debe tender.

No obstante, estos manuales no establecían responsabilidades equitativas entre los miembros de la sociedad. Son escritos inmersos en un discurso dominante donde hombres y mujeres no gozan de iguales derechos y, por tanto, no tienen iguales responsabilidades. La sociedad patriarcal cifra muchas expectativas en la configuración de un espacio y un clima apropiado en el que hombres y mujeres están llamados a cumplir papeles diferenciados. Uno de los ámbitos que más preocupa es, precisamente, el privado.

Todos esos textos, de manera unánime, dirigen sus palabras y preceptos especialmente al elemento femenino de la pareja, por su «escasa capacidad» y mayor responsabilidad en el mantenimiento de la paz y armonía en el seno familiar. La conclusión final es la necesidad de las mujeres de ser guiadas por los hombres en las tareas que se les encomiendan.

Aunque esos discursos morales pudieran parecer fruto de épocas pasadas, la iglesia católica sigue sorprendiéndonos con su intromisión en la vida privada de sus fieles. No hace mucho tiempo ha visto la luz un diccionario ético elaborado bajo los auspicios del Consejo Pontificio para la familia, el *Lexicón*. En esta voluminosa enciclopedia de 862 páginas se analizan términos ambiguos y discutidos sobre familia, vida y cuestiones éticas. Aspectos como la contracepción, contragestación, aborto, educación sexual, eutanasia, homosexualidad, sexo seguro, familia monoparental, separación o divorcio componen el abanico de cuestiones sobre los que se posiciona el papado y sobre los que marca una línea de conducta para sus fieles.

A pesar de la importancia que en todos los tiempos han tenido las relaciones familiares, la historiografía ha llegado tarde a su análisis desde una perspectiva científica. La historia se ha ido sumando al carro de otras disciplinas como la antropología o la sociología, que han mostrado un interés más temprano por abordar estos aspectos en su complejidad.

La producción historiográfica se ha venido centrando en un catálogo de temas restringido, ha ido seleccionando aquellos asuntos menos comprometidos y pasando de puntillas sobre los más resbaladizos. Por ejemplo, sobre la cuestión de los sentimientos poco o nada se ha reflexionado, la historia los ha situado en el plano de la intimidad que afecta únicamente a los individuos y, por tanto, no deben ser objeto de estudio y atención. Pero, sin embargo, son aspectos que preocupaban a las sociedades del pasado y siguen interesando en la actualidad.

Los discursos de la vida buena se centran en estas y otras cuestiones que atañen a la vida privada de la sociedad occidental del siglo XVI. Es un libro que habla de hombres, de mujeres y de las relaciones que se establecen entre ellos a tra-



vés del vínculo matrimonial. El trabajo se articula en torno a cuatro partes, cuyo eje central es un recorrido por la institución matrimonial, que a los ojos de humanistas como Erasmo o Lutero, adquiere una dimensión mayor en cuanto que elemento llamado a organizar la vida de las gentes.

Escribir sobre el matrimonio es escribir sobre las mujeres, reza en el título de la primera parte del libro. La producción bibliográfica de la época así lo demuestra: la mayor parte de los manuales orientados al matrimonio que vieron la luz en la edad moderna tenían como principales destinatarias a las féminas, ellas son las que deben mantener la estructura familiar, las que deben aprender, por tanto, su funcionamiento y las reglas a las que se deben atener.

En los sucesivos capítulos nos podemos ir dando cuenta de que para hombres y mujeres el matrimonio no significaba lo mismo. Era importante para unos y otros pero no por las mismas razones. En la segunda parte se pone de manifiesto la opinión que los hombres tienen del matrimonio como requisito indispensable para cumplir con determinadas obligaciones, fundamentalmente la reproducción.

Los capítulos finales están dedicados a las funciones y relaciones de los esposos, obteniendo un lugar de relevancia la sexualidad a la que la autora dedica la última parte de la investigación, asunto que había sido abordado por la literatura moral siempre desde el punto de vista de la negación del placer. Lo novedoso que apuntan algunos humanistas son los beneficios que reporta vivirla en el seno del matrimonio.

Entre las aportaciones más importantes que realiza el trabajo de Isabel Morant está el saber situarse entre el pasado y el presente, rescatando del pasado uno de los temas que más han preocupado y preocupan en las relaciones humanas, los sentimientos. Históricamente se han entendido como algo natural, consustancial a la naturaleza humana, pero a poco que indagemos vemos que esa naturaleza se transforma según los designios de la cultura dominante.

Si queremos que la historia juegue un papel verdaderamente relevante en las sociedades

actuales debemos hacer frente a todos los interrogantes. El diálogo con el pasado nos tiene que ayudar a explicar el presente y en el terreno de la privacidad todavía hay muchas dudas por resolver.

En mi opinión, esta es una obra que se plantea muchas preguntas. Es una investigación basada en los discursos de los hombres de una época, los humanistas, pero que no se queda en la foto fija que nos ofrece las opiniones de ese periodo histórico sino que va más allá: las respuestas de los protagonistas nos van conformando una imagen cada vez más cercana de lo que podría constituir el sentir de una sociedad dada en un momento concreto.

Es un libro que complejiza la imagen que podemos tener de la moral que los humanistas intentaron imponer en la sociedad. El discurso que ha prevalecido y nos ha llegado ha sido el dominante, aquel que nos habla únicamente de las restricciones morales. Aparentemente estas ideas se presentan homogéneas, sin fisuras a la hora de diseñar un modelo de matrimonio, un prototipo de relaciones entre hombres y mujeres, en definitiva, un arquetipo de mujer a imitar. Sin embargo, una de las aportaciones de este trabajo es inscribirse en el constante contraste de ideas entre los propios humanistas, al ofrecernos la confrontación entre formas más o menos rígidas de concebir los sentimientos. Nos presenta dos posiciones enfrentadas de las que una sale vencedora y hegemónica, la llamada a perpetuarse y aparecer como el «discurso oficial».

Evidentemente, no podemos obviar la presencia de esas otras ideas que, sin haber triunfado, han quedado como un reducto de resistencia en las experiencias de algunos, posiciones que tarde o temprano se recuperarán cuando las condiciones sean propicias y puedan encontrar canales que las vehiculen.

Para entender el papel de las mujeres en la historia hay que dar importancia a esos discursos disidentes y a las experiencias frustradas, porque las figuras a contracorriente son los ejemplos que demuestran que las cosas pueden cambiar.

Por último, cabe destacar que se trata de un trabajo que logra llegar a un público amplio,

es capaz de aportar los resultados de una investigación a quienes nos dedicamos a hacer historia, pero también llegar al público en general, logrando así uno de nuestros objetivos: acercarnos a la sociedad para informarle de su pasado

en un tono ameno, sin por ello apartarse del rigor historiográfico.

MARÍA EUGENIA MONZÓN PERDOMO
Universidad de La Laguna

